

soldado de ella; quédense con el señor gobernador, que yo basto con ella para allanarlo todo; porque ¿qué gente es esta para temerla? Porque la causa de estar los indios tan victoriosos y atrevidos, ha sido el poco ánimo que han tenido los españoles en los reencuentros." Dió pena al gobernador Cristóbal de Oñate de oír semejantes palabras y blasones al adelantado, y de ver cuán engañado estaba él y su gente en lo que decían, porque el más mínimo de los vecinos y soldados que la ciudad tenía, era más valeroso que los que el adelantado traía, porque eran bisonos, y así el gobernador Oñate le dijo: "Señor adelantado, no hay que tratar de eso; todos hacen el deber en su causa; V. S. no conoce la tierra, que es áspera, y vale más un indio de los de por acá, que mil de los que por allá se han conquistado; y en lo que toca á los soldados, los de acá son bonísimos (no quiero tratar de los que V. S. trae). Dice que con brevedad quiere allanar la tierra, pero para allanarla dese orden de lo que se ha de hacer, y vamos, que yo deseo harto la brevedad; pero repare V. S. en que son las aguas, y la mayor fuerza de ellas, y hay pantanos, y no sé lo que será; espere V. S. á San Miguel, que entonces cesarán las aguas." A que respondió el adelantado que había de ir, que así convenía para concluir aquella empresa y luego embarcarse para su viaje, y que cuatro días bastaban para allanar la tierra, que todo era burlería; hubo demandas y respuestas sobre el caso, y al fin salió determinado que el adelantado fuese con su gente, y no otro ninguno de los de la ciudad, y ya determinado á salir para ir al peñol de Nochistlán, le dijo el gobernador: "Señor adelantado, mucho me pesa dejar ir á V. S. solo; yo prometo á V. S. que se ha de ver en trabajos, porque es el tiempo lodoso y los indios malos y soberbios; no suceda algún caso extraño; espérese socorro de México, y todos juntos en buen tiempo haremos la pacificación llana y sin riesgo."

Recibió tanta pena y enojo el adelantado, que no curó de razones y respondió con decir: "Ya está la suerte echada; yo me encomiendo á Dios." Despidióse de todos y tomó su camino para ir al Peñol y pueblo de Nochistlán, animando su

gente y diciéndoles hiciesen el deber, y que no les estaba bien llevar de los de la ciudad, y todos blasonaron que haría cada uno más que el Cid y Roldán; y después que se fueron, temiéndose el gobernador Cristóbal de Oñate de la ruina en que habían de parar, por el mal gobierno que vido y conocerlo todo, mandó luego aderezar veinticinco hombres de á caballo y él con ellos, y dejando el recaudo que le pareció necesario en la ciudad, comenzó á caminar por lo alto de Xuchitlán y las montañas de Nochistlán, y se fué á poner en frente del Peñol, en lo alto, para desde allí avisar y ver en lo que paraba, y así llegó al puesto, que era en una mesa alta, redonda, donde la ciudad solía estar cuando se fundó la primera vez, porque desde allí se veía muy bien el combate del Peñol, sin que fuesen sentidos de los del adelantado.

#### CAPITULO CXIV.

En que se trata cómo llegó el adelantado D. Pedro de Alvarado con su gente al Peñol de Nochistlán y Mixton, y de su desgraciada muerte.

Año de  
1541.

Llegó D. Pedro de Alvarado á reconocer la entrada para entrar en el pueblo y Peñol de Nochistlán, y hallóla cerrada con siete albarradas muy fuertes, y queriéndola entrar, salieron á defenderlas más de diez mil indios y sus mujeres, y con flechas, dardos y piedras, resistieron y pelearon con tanta fuerza y ferocidad, que al primer encuentro quitaron la vida á veinte españoles, y al instante los hicieron pedazos y echaron por el aire sus cuerpos, retirando algo á D. Pedro de Alvarado y á su gente, el cual volvió á acometer á las albarradas y le mataron otros diez, sin que lo pudiese remediar; y viéndolo que por-

fiaba á entrarles, fué tanta la gente que salió de tropel de los enemigos á campo abierto, que le fué fuerza retirarse, porque el tiempo era lluvioso, la tierra empantanada y cenagosa y llena de cardones y magueyales, y no eran señores de los caballos, porque se atascaban, ni aun los soldados de á pié podían andar por el gran lodo, y así le fué forzoso salirse retirando antes que le acabasen la gente, viendo los tiempos contrarios, y con mucho esfuerzo y valor, fué sacando su campo; y viendo los enemigos que se salía para retirarse, salió casi la más gente de las albarradas á dar sobre él, y haciéndoles rostro, se fué retirando de ellos, y le siguieron más de tres leguas, teniéndolos bien afligidos. Apeóse del caballo, y como valeroso capitán, á pié con los peones, peleaba con su espada y rodela, haciéndoles rostro. Los de á caballo hartos hacían en buscar tierra enjuta por no se atollar y por no poder caminar por lo pedregoso y cenagoso, y aquí le mataron á un español llamado Juan de Cárdenas y al caballo en que iba, y en pudiendo, hacían sus arremetidas, y yendo peleando los enemigos con el adelantado y su gente, los embarrancaron y dieron con ellos en una quebrada entre el pueblo de Ayahualica y Acacico. Ya que el combate iba cesando y los enemigos se volvían, el adelantado mandó á sus soldados de á pié y á caballo marchasen sin fatiga, porque ya los enemigos se sosegaban y retiraban para sus peñoles.

Iba el adelantado á pié con ellos en retaguardia, y uno de los de á caballo, que se llamaba Baltasar de Montoya, natural de Sevilla, y era escribano de D. Pedro de Alvarado [que después murió de ciento y cinco años], llevaba el caballo cansado y, subiendo una cuesta, le dió con las espuelas haciendo fuerza para adelantarse, en tanta manera, que le hacía perder pié. El adelantado le dijo: "Sosegaos, Montoya, que los indios nos han dejado;" pero como el miedo es gigante y le había ocupado, no atendió á las razones que le dijo, sino á huir, y yendo hablando con él el capitán, diciéndole que se reportase, porque se daba prisa á picar y huir, se le fueron al caballo los piés, y fué rodando el caballo, y de un encuentro se llevó por delante

al adelantado, siendo tal el golpe que le dió en los pechos, que se los hizo pedazos y le llevó rodando por la cuesta abajo hasta un arroyuelo, á donde estando caído, acudió toda la gente al reparo, y le hallaron sin sentido. Procuráronle alzar y diéronle agua con que volviese en sí, y echaba sangre á borbozadas, y dijo: "Esto merece quien trae consigo tales hombres como Montoya." Era tan grande el dolor que le afligía, que apenas podía hablar, y preguntándole D. Luis de Castilla qué le dolía, respondió: "el alma; llévenme á do confiese y la cure con la recina de la penitencia y la lave con la sangre preciosa de nuestro Redentor," causando mucha lástima á todos. Luego aderezaron un pavés y le llevaron al pueblo de Atenguillo, que era cuatro leguas de donde le sucedió el caso (que fué á veinticuatro de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, día del glorioso precursor San Juan Bautista), donde llegaron á dormir para ir otro día á la ciudad de Guadalajara.

En el tiempo que esto pasaba, viendo el gobernador Cristóbal de Oñate, que á tales lances habían llegado el adelantado y su gente, y que lo llevaban de corrida, salió tomando lo alto para salir al encuentro á su defensa, y cuando salió al pueblo de Yahualica, alcanzó algunos soldados de á pié, y preguntó á donde quedaba el adelantado, los cuales le dijeron lo que había pasado en el combate, y que le habían muerto treinta soldados, y la desgracia sucedida, y cómo había pasado adelante y iba mortal; y entonces el gobernador, sintiendo mucho el suceso, se dió prisa á caminar con los suyos, y á la oración llegó al pueblo de Atenguillo; y halló á los soldados que le habían quedado y al adelantado muy fatigado, y todos bien afligidos del caso, y habiéndose visto entrambos, se enternecieron, y el gobernador Oñate le dijo: "Señor adelantado, al alma me llega que V. S. se haya puesto en tanto riesgo y en tal extremo de perder la vida, pues como hombre tan experimentado en la guerra, dije á V. S. no fuese á este castigo, por ser el tiempo contrario y favorable á los enemigos; y es muy diferente gente ésta de la que V. S. ha conquistado;" á que respondió el adelantado: "Ya es hecho, ¿qué remedio hay? Curar

el alma es lo que conviene," y muy enternecido dijo: "Quien no crea á buena madre, crea á mala madrastra; yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocía la gente y tierra, y mi desventura fué traer á un soldado tan cobarde y vil como Montoya, con quien me he visto en muchos peligros por salvarle, hasta que con su caballo y poco ánimo me ha muerto. ¡Sea Dios loado! yo me siento muy fatigado y mortal; conviene que con la brevedad posible me lleven á la ciudad para ordenar mi alma." Preguntábale el gobernador que qué sentía, dónde fué el golpe y que qué le dolía, y echando sangre por la boca, decía: "aquí y el alma," con tantas ansias, que quebraba el corazón á todos, de ver un caso tan sin pensar obrado.

Luego el gobernador Oñate mandó meterlo en su pavés y llevarlo á la ciudad, que distaba de allí cuatro leguas llanas, y él se adelantó por la posta, y dijo al bachiller Bartolomé de Estrada, que era cura y vicario de la ciudad, saliese á encontrar al adelantado y le confesase, porque venía muy al cabo; y luego el bachiller Estrada salió con seis de á caballo, y á una legua que anduvo, encontró con el adelantado, que venía con grandes ansias de muerte, y habiendo llegado, le dijo: "V. S. sea muy bien venido, que me pesa de verle en tal extremo," y entonces el adelantado le dijo: "Señor, sea bien llegado para remedio de una alma tan pecadora; ya no se perderá, con el favor de la Divina Misericordia;" y sin más razones mandó parar el pavés, y debajo de unos pinos, se confesó muy devotamente con muchos gemidos y sollozos y con muestras de verdadero arrepentimiento, y acabada la confesión, mandó marchar á la ciudad y rogó al bachiller Estrada no se quitase de su lado, y de cuando en cuando volvía al exámen de su conciencia y se reconciliaba con grandísimo sentimiento y lágrimas.

A la entrada de la ciudad, salió toda la gente á caballo y las mujeres á pié, á recibirle con harto llanto y sentimiento, y llegados, el adelantado les abrazó, y á su sobrina Magdalena de Alvarado, diciéndoles se reportasen, que todavía era vivo, que sería Dios servido su mal no fuese nada, y que estando entre

señores de tanta suerte, sería curado, y que aquello que llevaba, eran trances de guerra, en servicio de Dios y su rey, que se consolasen mucho, que habían de tener las cosas fin, que Dios remediaría su mal, y que él estaba muy conforme con la voluntad de Dios, en quien esperaba su remedio en el discurso de su vida; y así le llevaron á aposentar y curar en casa de Juan del Camino, como á casa de sus deudos, y habiendo descansado un poco, dijo que quería ordenar su alma, y así la ordenó, haciendo su testamento cerrado ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano público, y habiendo recibido todos los santos sacramentos con gran ternura y devoción, ordenó á sus capitanes y soldados que si Dios le llevase, volviesen su armada á Guatemala y la entregasen á su mujer Doña Beatriz de la Cueva, y despachó mandamiento á los capitanes de las fronteras de Tzapotlán, Autlán, Etzatlán y Chapalac, para que asistiesen en ellas y no las desamparasen, hasta que el virrey D. Antonio de Mendoza otra cosa mandase, el cual estaba haciendo levadas para la pacificación de los indios alzados, y que acabada de pacificar la tierra, se fuesen, y que así se lo rogaba y suplicaba, y todos dijeron que harían lo que se les mandaba. Ordenó que su cuerpo se depositase en la iglesia de la ciudad de Guadalajara, y de allí se trasladase al convento de Tiripitío [en Mechoacán, del orden de San Agustín]. El testamento lo otorgó á 4 de julio, y ordenó que de Tiripitío le llevasen al convento de Santo Domingo de México, y que para los gastos de llevarle y decir las misas y novenarios y hacer las honras y obsequias, se vendiesen en almoneda ó fuera de ella la parte que fuese necesaria de los bienes que tenía en Guadalajara ó en México, y hizo otras cláusulas, y añadió que por cuanto estaba fatigado, se remitía á D. Francisco Marloquín, obispo de Guatemala, con quien tenía comunicadas muchas cosas, para que acudiese al descargo de su conciencia, dejándole por albacea, y á Juan de Alvarado, vecino de la ciudad de México [que después fué fraile agustino y vivió santísimamente, y ha obrado Dios por él milagros en el convento de México]. Fueron testigos al hacer el testamento, Don Luis

de Castilla, Fernán Flores, Francisco de Cuéllar, Alonso Luján y Juan Méndez de Sotomayor, y demás del escribano principal, que fué Diego Hurtado de Mendoza, le autorizó el escribano Baltasar de Montoya.

Todo esto se hizo dentro de tres días que llegó á la ciudad, y siempre fué empeorando. El Gobernador le visitaba cada día, y estándole visitando un día, le dijo el adelantado: "Señor gobernador, yo me voy acabando, ¡sea Dios bendito! Y V. S. ve cómo he cumplido mi promesa y palabra, de que primero me faltaría la vida, que yo desamparara este reino; agora es tiempo, no me dejen un punto, que ya se abrevia mi partida." Comenzaron todos á consolarle y el sacerdote á su lado. Tomó un Santo Cristo en la mano diciendo: "Señor, la palabra os cumplí de defender vuestra causa y morir en ella. Pídoos, padre de misericordia, que cumpliendo la vuestra de perdonar al pecador al punto que se convirtiese á vos de todo corazón, me perdoneis. Yo, mediante vuestra piedad, he hecho lo posible que á mi parte toca;" y habiendo dicho el Credo, diciendo: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu," él mismo, teniendo el Santo Cristo en la mano, llevó su boca á los santos piés, y espiró, á cuatro de julio del dicho año, y á tres de julio, que fué un día antes de morir, llovió sangre en Toluca.

En vida y en muerte fué valeroso este insigne capitán, y su muerte fué tan llorada de toda la ciudad, que entre todos los españoles, niños, mujeres y indios navoríos, no había sino lágrimas, y con mucha razón, pues por venirlos á socorrer murió. Fué enterrado honrosamente en una capilla de Nuestra Señora, en la iglesia de la ciudad, á mano izquierda, como entraban en ella, debajo del púlpito. Después llevaron sus huesos á Tiripitío, y de allí le trasladaron á Santo Domingo de México, y después á su entierro de Guatemala, á donde se le hicieron solemnes obsequias. Esta es la verdad de lo sucedido en la muerte de este heróico capitán, y erró la pontifical el P. Torquemada y Fr. Antonio de Remesal en escribir el suceso, diciendo haber acaecido en Etzatlán ó en el cerro de Mochitiltic, entre la ciudad de Guadalajara y la ciudad de Compos-

tela, y que está enterrado en el dicho Etzatlán; y mucho más erró Bernal Diaz del Castillo diciendo que el caso sucedió en unos peñoles que se dicen Cochtlán, cerca de la villa de la Purificación, de que no hay memoria en toda la tierra, y que allí le enterraron.

Después el virrey Don Antonio de Mendoza despachó por capitán de la armada, UN caballero que vino en su compañía, y en esta jornada fueron trescientos y setenta españoles y cuatro religiosos de San Agustín, y con la muerte del adelantado quedó la ciudad de Guadalajara con treinta soldados nomás, porque los de Don Pedro de Alvarado se fueron á Tzapotlán, y estando bien afligidos los vecinos por ver la fuerza del enemigo, llegó á fin de julio el capitán Diego Vásquez de Buendía, que había ido á México por socorro, y el virrey envió cincuenta hombres de á caballo, y por su capitán á Juan de Muncivay.

Una cosa digna de notar no he querido pasar en silencio, y es que en el mismo día y hora que sucedió la desgracia al adelantado Don Pedro de Alvarado, el mestizo Don Diego de Almagro mató al marqués Don Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes ó Lima, en el Perú, que fueron muy grandes amigos.

## CAPITULO CXV.

En que se trata de la desgraciada muerte del adelantado D. Pedro de Alvarado, y se toma ocasión para tratar en lo que pararon muchos de los conquistadores, del fin que tuvieron:

Año de  
1541.

Muy de notar es que pocos de los principales conquistadores de la América tuvieron próspero fin, ó ya con muertes desgraciadas, ó por malos sucesos que tuvieron [como se verá